

## Cuando somos ignorados por la vida

Cristo, la mugre que hay por todas partes... Debería limpiar un poco para recibir la Navidad, y también atacar esos pequeños arreglos que hay que hacerle a la casa... Pero lo cierto es que ya no me interesa que se vea presentable; no me entusiasma. ¿Para quién, a fin de cuentas...? Si nunca viene nadie. De hecho, con lo solo que estoy, a veces me pregunto cuánto tardarán en darse cuenta de que he fallecido, cuánto tiempo les llevará encontrarse con el cadáver... Porque amigos que golpeen a mi puerta ya no quedan, todos fueron muriendo antes que yo. Cayeron uno tras otro como las hojas de un árbol... El otoño de los amigos: eso es la vejez.

Bah. Mejor saco los álbumes de fotos y me pongo a recordar viejos tiempos. No hay mucho más por hacer ni nada mejor para llenar el día.

¿Qué será de mis recuerdos, cuando muera? Porque tantas navidades no me quedan... Dos o tres. Cinco, a lo sumo... Los álbumes de fotos, mis cuentos, las letras de mis canciones, los portarretratos... ¿Habrán algo que sobreviva, o irá a dar todo a la basura? Sí, ya sé que mi preocupación es ridícula porque no seré testigo, pero por irracional que sea, es importante para mí que esos recuerdos no desaparezcan. Que mi única conexión con el pasado no se evapore.

A fin de cuentas, la vida se compone sólo de momentos... No recordamos los proyectos, ni los procesos, ni esos planes que trazamos con tanto cuidado y que sólo a veces se cumplen: lo que nos llevamos, lo que queda en nuestra memoria son los momentos. Y nos lo advierten cuando somos jóvenes, pero la juventud es una forma de idiotez. Sólo acabamos de comprenderlo cuando lo vivimos en carne propia, y para entonces ya somos viejos... Y supongo que es nuestro deber pasar la

antorcha, formular la advertencia a la generación siguiente para que los jóvenes la ignoren a su vez.

Por Dios, la cantidad de porquerías que hay en casa... Cosas que ya no sirven, cosas viejas, rotas, obsoletas... Debería tirarlas... Pero si es por eso debería tirar casi todo, hasta debería tirarme yo mismo a un basurero para viejos... Y salvo los hijos que le dejé al planeta, eso que me rodea es lo que me queda después de haber vivido. Patético o no, es mi testimonio de vida.

Bien, a ver esos álbumes. Sí, éstos, los de esos años que pasamos en el exterior, que fueron buenos años... Beatriz y yo todavía éramos jóvenes, vivíamos en Holanda, y teníamos casi toda la vida por delante... Los niños eran pequeños y yo era Dios: todo lo sabía y todo lo podía. Especialmente para Cecilia... Sí, menudo Electra debe haber pillado, la pobre. Por aquel entonces, los sábados por la mañana paseábamos siempre por la feria. Yo curioseaba entre los puestos que

ofrecían comida, ropa, revistas y chucherías, y ella observaba todo en silencio desde su carrito plegable. Porque aunque solo tenía dos años, Cecilia era callada y observadora, y me gustaba eso. Nada parecía escapar a su atención. Raro y hermoso a la vez, en una criatura tan pequeña. Hacia el mediodía yo invariablemente compraba patatas fritas con mayonesa, y comíamos con las manos, al aire libre. Y luego íbamos a buscar pasteles de manzana y durazno.

Cecilia y Pablo... ¿Cuánto hace que no los veo? ¿Vendrán al menos para Navidad...? Porque ese domingo que dijeron que vendrían al final no aparecieron. Me había planchado la camisa celeste y había comprado unos dulces para los nietos, pero no vino nadie... Tal vez están ocupados... O acaso a través de los años hice gala de mi poca capacidad para manifestar afecto, y no les dije lo suficiente cuánto los quería. Sí, creo que eso fue...

Haberlo sentirlo como padre pero no decírselo a los niños.

Y si voy a ser sincero, a fin de cuentas, ¿cuán a menudo visitaba yo a mamá y papá, cuando ya eran ancianos? ¿Cuán dispuesto estaba a compartir tiempo con ellos?

Tarde llega la vergüenza.

Como siempre, es en momentos como éste, con las navidades encima y los hijos ausentes, que me abruma el vacío que dejó Beatriz. Y me golpea la realidad de ser el único ser humano que habita la casa, y noto el enorme agujero, el cráter que quedó cuando de pronto ya no tuve con quién hablar. Hablar de cómo les estará yendo a los hijos, o de lo mal que marcha el país... Ni con quién tejer planes para hacer un viajecillo de fin de semana, ni con quién hacerse compañía en las cosas pequeñas, en el día a día. Y ni hablar del árbol de Navidad o de adornar la casa para las fiestas: era ella quien se ocupaba siempre de eso.

Sí... desde que ella se fue, ya nada es igual ni volverá a serlo. Perdón, Beatriz, por haber sido tan idiota, por tratarte como si fueras inmortal y no haberte dicho que te quería mientras aún había tiempo.

En fin... Al menos los hijos me llaman cada tanto. Y me preguntan si me alcanza, y aunque el dinero escasea yo les digo que sí. ¿Qué otra cosa voy a decirles? Nadie quiere ser una carga para la familia. Y suelen proponerme que vaya de vacaciones con ellos... ¿Para qué? Para complicarles la vida con mis horarios, mis achaques, mis rarezas y mi cansancio... Con mi sola presencia.

Por alguna razón el hecho de poner los álbumes sobre la mesa convocó a la gata. La novedad, seguro; algo diferente. Los gatos no toleran que algo nuevo ocurra sin que ellos lo controlen y lo aprueben.

Qué importancia cobró tener una mascota en la casa. Esa ilusión de no estar solo, de tener a alguien que acuda a mí, aunque sea para reclamar comida. Ven aquí, felino idiota, observemos los álbumes juntos. O yo los observo y tú los hueles.

Creo que voy a poner las letras de mis canciones entremezcladas con las fotos. Y acaso algún día uno de mis nietos las encuentre, y componga una melodía con ellas. La inmortalidad creativa... Ah, las tonterías a las que uno se aferra con tal de perdurar en el tiempo.

¿Y si empiezo a escribir un calendario de mi vida? ¿Una reseña...? ¿Lo más destacado que ocurrió cada año? Naah... Ridículo... ¿A quién habría de interesarle? ¿Quién va a leer el diario de la vida de un viejo común y corriente?

Idioteces.

¿Qué hora es? Casi las once... Después del almuerzo y la siesta voy a ir a jugar mi Loto semanal... Dios, qué lindo sería... Sacarse un

BonoLoto y tener dinero para volver a tener un coche, para viajar... si es que me dejan conducir, a mi edad. Volver a visitar ese puñado de lugares en el mundo, aquellos que fueron *mis* lugares. Las playas que conocí en mi juventud, cuando jugar en la arena era fantástico, y una bikini atractiva era un suave ataque cardíaco. Pero más que nada para darles la mayor parte a los hijos, para que les cambie la vida. Poner el dinero bajo el árbol de Navidad y que se encuentre con esa fortuna de golpe. Sorprenderlos.

Sí, sería maravilloso.

Tendría que haber un libro contable allá arriba, en algún lado, en manos del ente que controla nuestro destino... Y que uno pudiera ir depositando buenas acciones, a través de los años, en la columna del Haber... Y un día hacerse acreedor a un BonoLoto automáticamente, por mérito acumulado... Pero no funciona así.

Dicen que los ancianos miramos el futuro con la nuca, y es cierto. Al menos yo paso menos tiempo pensando en el futuro que recordando mi pasado, cuando era más vital y más enérgico. Más optimista. Cuando miraba hacia adelante, y la vejez era algo que afectaba a los demás. Cuando la piel era lisa, los músculos fuertes, y el sexo algo similar a una explosión. Cuando tenía amigos y a la gente le interesaba lo que yo tenía que decir, cuando a mis hijos todavía les gustaba pasar tiempo conmigo. El futuro, en cambio, es aquello que ya no vamos a vivir... Y por supuesto que nos interesa mucho menos. ¿Una década más para que el hombre llegue a Marte? ¿A quién le importa?

Esposa fallecida, hijos ausentes, amigos que me dejaron solo... Y pese a todo me cae raro esto de fantasear con que la vida se termine. Siempre hubo tantas cosas que quise hacer, tantos lugares que me hubiera gustado visitar... Tantos artículos por leer y secretos por develar. El día no me

alcanzaba para todo aquello que yo quería aprender. Y *supe* que la vejez iba a venir, sola y garantizada, como el tiempo mismo, y me preparé. Cuidé mi cuerpo, acumulé ahorros, hice todo lo que había que hacer... Pero nada es para siempre; toda la comida sana y toda la gimnasia del mundo no congelan el almanaque. Y con los ahorros sucedió algo parecido... Nada es eterno.

En fin... Al menos en mis años lúcidos tuve la claridad de prever que tal vez algún día la vida ya no iba a valer la pena de ser vivida. Que llegado a un punto, el balance de lo bueno y lo malo se iba a inclinar hacia lo feo. Y tuve la precaución de esconder esa pistola, lejos de la vista y del alcance de todos. Sólo yo sé dónde está.

Hora del recuento final: ¿de qué cosas me arrepiento?

De no haber expresado mi cariño más a menudo, de no decirles a los míos cuánto los quería. De no haber tomado más caminos

inexplorados, en las encrucijadas de la vida... Yo me atuve a los senderos transitados, a los conocidos. No fui atrevido, no fui intrépido. Y a fin de cuentas es como nos advierten de jóvenes: nunca nos arrepentimos de lo que hemos hecho, sino de lo que no nos atrevimos a hacer.

Como sea, el día que hagamos un concurso de consejos y advertencias, yo le voy a dar el primer premio a quien me indique cómo se combaten la soledad y la tristeza, cuando todos se han ido ya... Cuando somos ignorados por la vida.

Bien. Ven conmigo, gata cretina, comencemos a preparar la mesa y el árbol de Navidad. Y luego veamos si al cabo de tantos años el arma sigue allí.



*Sedna*